

## **LA LEYENDA DEL BECERRO DE ORO.**

A Alejandro, cuando tenía ocho años, le gustaba ir a dormir a casa de sus abuelos paternos por varias razones, la primera de ellas porque significaba que al día siguiente no había colegio y por tanto no era necesario madrugar; la segunda, porque le permitían jugar con todos los objetos que había en la casa sin poner inconvenientes y sin tener la obligación de escuchar severas regañinas, y la tercera y principal, el abuelo Mariano le permitía permanecer despierto hasta muy tarde y no cesaba de contarle cuentos e historias de castillos y de ejércitos de la edad media, y eso era lo que a Alex más le gustaba.

Los abuelos vivían en el barrio del Arrabal, en la Calle de la Alforja número nueve, en una casa grande y vieja que por fuera daba miedo, pero que no obstante, por dentro, resultaba cálida y acogedora.

A Alejandro le llamaba poderosamente la atención que en una casona tan grande, tan sólo vivieran dos personas, sus abuelos Mariano y Rosalina, y más aún le chocaba la circunstancia de que, siendo la casa tan grande, los abuelos sólo utilizaran una pequeña parte de la segunda planta. Hacían la vida en la cocina, allí se estaba muy calentito y daba mucha pereza salir. En la cocina había una vieja estufa de carbón, alrededor de la cual siempre había tres o cuatro sillas y frente a éstas, una mesa, y un poco más allá un vetusto bargueño donde se ubicaba la televisión. La televisión, la ventana mágica, siempre estaba encendida, pero casi nunca nadie la veía ni le hacía el menor caso.

La abuela cocinaba en unos fogones que se hallaban muy próximos a un ajimez, y por dicho ventanal, si te asomabas, se veía el corral de la planta baja y allí estaban las gallinas, los cerdos, los conejos, algún gato intruso y hasta un caballo percherón, a quien el abuelo llamaba orgullosamente Babieca.

No había fregadero en la cocina, después de comer, había que meter todos los cacharros sucios en un balde y transportarlo, a través de una angosta escalera de empinados

peldaños, los cuales, al tener que subirlos cargado con el balde, al abuelo le provocaba un anhelo estentóreo y un repentino cansancio, que por otra parte estaba totalmente justificado.

En la planta baja, a la izquierda de la puerta de la calle, estaba el fregadero y un poco más allá el cuarto de baño, justo enfrente de la entrada de la cuadra, que la constituía una gran puerta de madera oscura de dos hojas verticales, la de abajo siempre estaba cerrada, la de arriba, casi siempre abierta.

Aquel día hacía mucho frío, como todos los días de invierno en la ciudad de Teruel. Era el día de Santa Bárbara y caía una copiosa nevada que cubría de un precioso manto blanco los tejados de las casas colindantes. Alejandro iba a dormir con sus abuelos porque su mamá estaba en el hospital, iba a tener un hermanito, justo lo que él tanto deseaba, un hermanito para jugar.

Alex miraba por la ventana como nevaba, tenía ganas de ir al baño, pero, hacía tanto frío fuera de la cocina, y la escalera estaba siempre tan oscura.

\_ Abuelo, ¿me acompañas al cuarto de baño?-. Dijo despegando la nariz del cristal.

\_ ¿Qué te pasa cariño, tienes miedo?, un paje como tú, que muy pronto será escudero y aspirante a caballero no debe temer a una escalera mal iluminada. ¡Anda, vamos te acompaño!.

\_ Pero, ¿continuo siendo paje a tu servicio verdad abuelo?.

El abuelo le había contado que al haber cumplido los ocho años se había convertido en su paje, a los dieciocho años se convertiría en su escudero y cuando el abuelo le considerase suficientemente preparado y convenientemente probado su valor, lo ordenaría caballero, como ocurría con los protagonistas de los cuentos que siempre le contaba, y que posteriormente se convertían en héroes.

\_ Por supuesto que sí, te confesaré un secreto, cuando esta casa era de mis padres y yo tenía tu edad, también me asustaba la oscuridad de esta escalera.

\_ Y luego, cuando me vaya a dormir, ¿me contarás un cuento?.

\_ No, un cuento no, hoy te contaré la leyenda del becerro de oro-. Finalizaron de bajar los peldaños de la escalera y el abuelo acariciando con su mano derecha los rubios cabellos de su nieto añadió-. ¡Venga!, ve al baño, mientras yo iré quitando la nieve de la entrada del corral.

Cuando Alejandro salió del retrete vio al abuelo Mariano quitando nieve con una pala, él, ni corto ni perezoso se puso a ayudarlo a pesar de su corta edad, cuando llevaba un rato trabajando junto a su abuelo se dio cuenta de que ya no sentía frío, había entrado en calor y hasta unas gotitas de sudor perlaban su frente.

\_ ¿Sabes quién provoca que estas gotitas pueblen tu rostro?-. Preguntó el abuelo secando el sudor de la carita del niño.

\_ Sí abuelo, lo he estudiado en el colegio, las glándulas sudoríficas.

\_ No, hijo no, sudoríficas no, glándulas sudoríparas-. Corrigió el abuelo a su nieto entre grandes risotadas.

\_ Ya está la cena-. Gritó la abuela desde la ventana de la cocina asustando a Babioca que piafó disgustado.

\_ Subamos de prisa-. Adujo el abuelo-. Apresurémonos antes de que se enfríen los alimentos y se enfade la abuela.

Durante la cena y la posterior sobremesa el tema de conversación fue el nuevo hermanito, hablaron del nombre que les gustaría ponerle, de los juegos que iban a compartir, pero Alex, por encima de todo ello, tenía en su mente la promesa del abuelo de contarle la leyenda del becerro de oro, y poca cosa más le importaba.

Llegó por fin la hora de acostarse. Se desvistió y se puso el pijama en la cocina, muy cerca de la estufa y luego, corriendo, se zambulló entre las sábanas. Estaban frías, pasaba un tiempo hasta que su tacto se hacía agradable y una vez esto sucedía pasaba también un tiempo, breve, pero eterno, hasta que los cabellos gris perla del abuelo aparecían en el umbral de la puerta de su habitación.

\_ ¿Tú no tienes frío?-. Interrogó Alex.

\_ No tanto como tú pequeño-, contestó conteniendo la risa a duras penas. Le arropó bien, remetiéndolo escrupulosamente la sábana y la manta por el colchón, subió el cobertor hasta la altura de la cabecita de su nieto, le dio un beso en la frente y preguntó:

\_ ¿Te acuerdas de quien era Alfonso II?.

\_ Sí-. Respondió contento Alejandro para después precisar-. El Rey de Aragón, Alfonso II fue quien fundó la ciudad de Teruel.

\_ Eso es-. Sonrió complacido el abuelo ante la memoria de su nieto-. Pues verás, fue en tiempos de Alfonso II, y recién creada la Villa de Teruel, cuando un animal dotado de extraordinarios poderes se instaló en los alrededores de la nueva ciudad. Vivía en una profunda y oscura cueva en las Ollerías del Calvario. Era un toro de apenas dos años, un becerro, pero por la noche, nada más ponerse el sol y cuando los primeros rayos de la luna iluminaban la entrada de su caverna, se convertía en un gigantesco dragón de cabeza enorme y poderosa, de ojos fieros e incandescentes, de larga cola y garras vigorosas. El dragón entraba en los corrales de los pastores del Arrabal y robaba las ovejas y las devoraba, a veces, entre terribles mugidos, lanzaba sus llamas con olor a azufre e incendiaba las casas de los atemorizados habitantes de la ciudad. Al amanecer, el dragón regresaba a su cueva, pero no se dormía, apenas los primeros rayos de sol anunciaban el alba, se convertía en becerro de nuevo, y si algún valiente se atrevía a acercarse a su guarida o tan sólo osaba merodear por los alrededores, lo hipnotizaba con su mirada ígnea y

los convertía en sus esclavos para toda su vida. La población de Teruel estaba aterrorizada tanto de día como de noche.

El abuelo hizo un alto en la narración pensando que el pequeño se había dormido ya, pues su quietud era tal que así lo parecía, pero la emoción del relato mantenía al sueño alejado de la alcoba del muchacho, y Alejandro preguntó con impaciencia ante el silencio de su abuelo:

\_ ¿Y qué hicieron entonces?.

\_ Perdona por la interrupción, cariño, es que me estaba entrando un poco de sueño-. Mintió el abuelo con una sonrisa en los labios-. Los caballeros Don Blasco Garcés de Marcilla y Don Sancho Sánchez Muñoz, a quienes el Rey Alfonso había dejado encargados de construir la ciudad y de guardarla y protegerla de sus enemigos, enviaron a sus soldados más valientes y aguerridos a la ingrata labor de luchar contra el fantástico animal, pero si se disponían a entablar la batalla de día y ponían rumbo a la caverna del dragón, éste, convertido en toro los hipnotizaba y convertía en sus esclavos sin remedio, y si por el contrario aguardaban a la puesta del sol para atacar al animal, éste, convertido en dragón, los envolvía en las llamas que desprendían sus terribles fauces y los caballeros perecían abrasados. La situación era insostenible, por lo tanto, Blasco Garcés y Sancho Sánchez decidieron viajar a la corte y entrevistarse con el Rey Alfonso II en su poderoso castillo del Monte Cayo. Debían poner al Rey al corriente de la situación y buscar junto a él una solución.

Ante el increíble relato, el Rey quedó tan sorprendido e impresionado como los propios caballeros turolenses, así pues reunió de inmediato a todos los caballeros de su mesnada y a cuantos sabios y consejeros se hallaban en palacio y les planteó el complicado enigma que amenazaba a la Villa de Teruel.

\_ ¿Pero es qué el Rey Alfonso tampoco sabía como vencer al dragón?-. Dijo Alejandro abriendo unos ojos enormes como platos.

\_ No, Alfonso era un soldado valiente y un Rey inteligente, pero aquel animal tenía unos poderes sobrenaturales y no se le ocurría ninguna solución.

\_ Y ¿qué pasó entonces?.

\_ Tras tres días consecutivos de reuniones y discusión, el Rey disolvió el consejo y todos sus hombres reflexionaron y estudiaron el problema. Al cabo de dos días, uno de los sabios mas viejos del lugar pidió audiencia al Rey y le dijo: Majestad creo haber hallado la solución; ¡Vamos habla sin más demora!, le apremió el Rey impaciente; El poder de ese becerro emana de la fuerza del día y de los arcanos misterios de la noche, pero en realidad el animal continúa siendo un becerro de dos años. Debemos anular sus poderes mágicos, si consiguiéramos alterar el orden natural de los días y las noches su constitución se vería momentáneamente confundida y adoptaría, a modo de defensa, su verdadera forma de criatura mortal y terrenal. Se convertiría en un pequeño eral, indefenso, de reducidas dimensiones. En ese momento un guerrero valeroso debería aproximarse, teniendo cuidado de no dirigir la mirada a los ojos del becerro, y derramar sobre él, con gran lentitud, un caldero entero de oro liquido en estado de ebullición. El oro liquido hirviendo cubriría y se adheriría al pelaje del cornúpeto, posteriormente al enfriarse solidificaría y así, instantáneamente el becerro se quedaría encerrado para siempre en esa cárcel áurea; ¡Excelente, excelente! Dijo el Rey, pero ¿cómo conseguiremos alterar el orden natural de los días y las noches?, eso es imposible; No mi señor, no lo es, dijo el anciano sabio, dentro de cuatro días tendrá lugar en la ciudad de Teruel un eclipse total de sol, tan sólo debemos precisar con los astrónomos la hora exacta, si el eclipse le sorprende despierto y fuera de las profundidades de su cueva, dejará de ser invencible por unos minutos; ¿Estamos por completo seguros de que así será?, no quiero arriesgar la vida de mis hombres, añadió el

Rey con voz autoritaria; Sí, aseguró sin vacilar el sabio, cuando la luna se interponga entre el sol y la tierra oscurecerá por completo, será de día pero de noche, su organismo enloquecerá y será nuestra única oportunidad, tendremos unos diez minutos para conseguir nuestro objetivo; Convocad a los astrólogos a una reunión urgente en mis aposentos y preparad el viaje de inmediato, ordenó el Rey convencido por la explicación del sabio, partimos para Teruel sin más dilación, hay que aprovechar esta oportunidad, nuestra única posibilidad, sino, la ciudad y todo el reino de Aragón quedará a merced del dominio del pérfido dragón.

\_ Y ¿qué pasó abuelo?, cuenta, cuenta, no te detengas ahora.

\_ ¿Es qué no tienes sueño?.

\_ Sí, pero la leyenda es tan emocionante que no quiero dormir hasta llegar al final, después me dormiré, mañana no es necesario madrugar.

\_ De acuerdo, pues adelante. El eclipse iba a tener lugar a las doce en punto del mediodía, así pues, sobre las once, la comitiva de soldados y caballeros, sabios y consejeros, encabezada por el Rey y los dos caballeros turolenses Sancho y Blasco, se hallaban en los alrededores de la cueva del becerro, en las Ollerías del Calvario. El animal percibió enseguida la presencia de los intrusos y salió de su madriguera tumbándose desafiante en la entrada de la caverna, esperando, deseando que algún imprudente pusiera sus ojos al alcance de su mirada para hipnotizarle y apresarle. Sin embargo las huestes del Rey aragonés habían sido bien aleccionadas, se ocultaron en la anfractuosidad del terreno y parapetados en sus baluartes naturales de roja arcilla, característicos de la zona, aguardaron a la hora del eclipse sin exponerse a la mirada poderosa del monstruo.

Y de repente anocheció. La luna había ocultado al sol, era de día, pero de noche al mismo tiempo, el becerro miró al cielo con una profunda extrañeza, debió de pensar ¡qué día tan corto!, ¡qué rápida ha llegado la noche!. Creyó, por un instante que su cuerpo iba a

mutar y convertirse en dragón, mejor, así podría perseguir y socarrar con sus llamas a los caballeros del Rey, pero no fue así, la confusión se adueñó de su cuerpo y ofuscó sus poderes. Su tamaño se redujo, sus patas se acortaron, disminuyó el tamaño de su altiva cabeza y sus enormes y peligrosas astas quedaron reducidas a pequeños brotes, agujas casi imperceptibles, estaba indefenso. Era el momento, Sancho Sánchez y Blasco Garcés, que se habían presentado voluntarios para enfrentarse al engendro animal cuando llegara la ocasión propicia, avanzaron arrastrando un gran barreño de cobre lleno a rebosar de oro líquido hirviendo, se acercaron al astado con mucha cautela, y sin mirarle a los ojos, vertieron el contenido del caldero lentamente sobre el ahora pequeño e indefenso becerro. Los mugidos de dolor y de rabia se oyeron por toda la ciudad. El oro se fue secando, solidificó y cumplió su misión, se convirtió en una cárcel para el pequeño eral que quedó convertido en estatua de oro macizo. Finalizó el eclipse a la par que la amenaza del becerro, regresó la luz al mismo tiempo que la alegría a los habitantes de la Villa de Teruel.

\_ Y ¿ya está?-. Añadió Alejandro un tanto decepcionado por el final de la historia.

\_ Casi, queda el desenlace final, la moraleja. El sabio cogió al becerro de oro y lo entregó al Rey diciendo: Señor, Vos sois quien debe custodiar la figura del becerro de oro, un eclipse lo ha encerrado y por tanto otro eclipse puede liberarlo y devolverlo a la vida. Es vuestra obligación cuidar de que esto no ocurra, cuando haya otros eclipses deberá permanecer oculto y no recibirá nunca jamás la luz solar, de lo contrario podría regresar. Ante tal advertencia el Rey lo guardó siempre en el rincón más profundo y oscuro de la cámara de los tesoros de su palacio, y al morir, lo dejó en herencia a su hijo Pedro II el Católico quien decidió enterrarlo para no correr riesgos innecesarios. No obstante, un sirviente lo siguió y averiguó donde lo había enterrado su señor. Algunas noches más tarde lo desenterró, lo robó y lo vendió a unos mercaderes extranjeros, desde entonces nunca más se supo el paradero del becerro de oro. Muchos reyes, nobles y caballeros dedicaron su vida

a buscarlo, se trataba de una estatua en tamaño real de un becerro de oro macizo y por lo tanto su valor económico era muy alto, casi incalculable, pero no se sabe de nadie que lograra encontrarlo, aunque seguro que alguien lo tiene ahora mismo, en nuestros días.

\_ Entonces-. Dijo el niño abriendo mucho sus ojos negros y poniendo gesto de asombro-. Continúa el peligro, si después de un eclipse los rayos del sol bañan al becerro, podría escapar de su celda de oro macizo y volver a vivir y a aterrorizar al mundo, tal vez quien lo tenga ahora mismo ignora ese grave peligro.

\_ Exactamente, eres muy listo pequeño, por eso debes contar este cuento a todos tus amigos y sobre todo a tus hijos y a los hijos de tus hijos, para que sepan como deben actuar si algún día, por casualidad, cae en sus manos un becerro de oro y para que no se dejen vencer nunca por la avaricia ni el egoísmo.

\_ Eres un abuelo estupendo y un magnifico contador de historias, me ha gustado mucho.

\_ Me alegro de que te haya gustado, tú eres un niño muy inteligente y debes recordar siempre las enseñanzas de las leyendas que te cuento, todas las moralejas tienen una misión, y tarde o temprano te serán de utilidad. Ahora ha llegado la hora de dormir, mañana quizá tu hermanito ya esté con nosotros-. Se besaron, el abuelo susurró mientras acariciaba la suave melena áurea de su nieto-. Qué duermas muy bien, qué descanses mucho y qué sueñes con los angelitos.

Se durmió el niño arrebuado entre las mantas, el abuelo salió sin hacer ruido, dejó la puerta entornada para permitir entrar un poco de luz, atravesó la cocina y se dirigió a su habitación donde ya dormía la abuela, se puso el pijama y todavía hizo otra visita a Alex, luego, dejando la puerta que daba a la cocina abierta salió, apagó la estufa y las luces, toda la planta estaba a oscuras. Comprobó que estuvieran en orden los grifos, las ventanas y la puerta de la calle. El abuelo se desenvolvía muy bien en la penumbra de la casa, sin

embargo encendió un viejo fanal de gas como si se preparase para realizar alguna postrera actividad antes de acostarse.

En su habitación, se reflejó su sombra trémula y un tanto inquietante, precisamente en la pared opuesta a la cabecera de la cama. Hacia aquella pared fue hacia donde se encaminó en silencio absoluto para detenerse frente a un cuadro, era una fotografía de la boda de los abuelos en la cual ambos sonreían frente a un espejo y por ello la instantánea grabó su imagen por delante y por detrás al mismo tiempo. Retiró el cuadro, quedó un clavo desnudo, y justo debajo de él, una huella rectangular perteneciente al marco, y en el centro de esa marca había un pequeño armario empotrado en la pared, una caja fuerte.

\_ Sesenta, treinta, cincuenta y tres-. Murmuró mientras manipulaba la ruedecilla del sistema de apertura de la caja fuerte, se oyó un ruido metálico ahogado y se abrió. El abuelo sacó una llave del interior de la caja y cogiendo el candil se fue a una habitación contigua, el cuarto de los ratones.

Retiró una vieja manta que cubría un mueble, apareció un arcón, hurgó con la llave extraída de la caja de seguridad, en la cerradura de dicho baúl y tras unos segundos de giros de llavín ludiendo en la cerraja, ésta se abrió. Un olor rancio precedió a un destello áureo que escapó del interior, el abuelo utilizando ambas manos, sacó no sin esfuerzo del fondo del arcón, una pesada estatua de un becerro de oro, su tacto era frío y sin embargo tenía dos rubíes incandescentes por ojos que parecían emanar fuego. Babiéca relinchó nervioso abajo en el establo, como si de repente le hubiera invadido el miedo, el temor a una fuerza invisible, pero perceptible; el abuelo murmuró al tiempo que acariciaba la testuz del pequeño cornúpeto:

\_ Ya no hay peligro, Alejandro ya está puesto en antecedentes, cuando seas parte de la herencia de mi nieto, él ya sabrá que medidas debe adoptar.

Colocó de nuevo al becerro en el arcón, cerró con la llave al tiempo que cesó la intranquilidad de Babioca, guardó la llave en el fondo de la caja fuerte y también la cerró, apagó la misteriosa luz del mechero de gas y se metió en la cama con parsimonia, con la calma del que tiene todas sus obligaciones cubiertas y realizadas con éxito.

\_ Tienes los pies fríos-. Protestó la abuela sin apenas salir del letargo en el cual estaba sumida.

\_ Sí, tengo los pies fríos, el corazón caliente y la conciencia tranquila.

Ellos todavía no lo sabían pero un nuevo ser había nacido, ambos tenían otro nieto recién llegado a este mundo, y ahora Alex tenía un hermano, acababa de nacer Guillermo, el pequeño Guille a quien Alex, debería un día contar la leyenda del becerro de oro.

Y esa será otra historia que os contaré en otra ocasión.